

GONZALO MOURE

FUGA
DEL HORIZONTE



2004

ELS PLECS DEL MAGNÀNIM

Colección dirigida por Ricardo Bellveser

79

© Gonzalo Moure, 2004

© Institució Alfons el Magnànim
Diputació de València, 2004
Quevedo, 10
46001 València

alfons.magnanim@diputacion.m400.gva.es
www.alfonselmagnanim.com

Dibujo de Gonzalo Moure para la
cubierta y letra capitular de Juan Ramos

Depósito Legal: V. 523-2004
Artegraf, Valencia

HORAS después, en la habitación del hotel, Tove sacó de la maleta la carpeta en la que llevaba el dibujo. Sostuvo el papel en las manos, y se abismó en su contemplación. No hacía nada más. Cabeceaba con lentitud y dolor sobre el papel, a veinte centímetros de sus ojos borrosos, que iban del dibujo a su firma:

Soren

pasó los últimos años de su vida buscando el horizonte. Al principio el tema aparecía en muchos de sus cuadros como telón de fondo, más tarde como una referencia constante para sus descripciones. Poco a poco fue adueñándose de toda su pintura, ahogando objetos y paisajes, hasta convertirse en el único tema. Le parecía una paradoja que lo que él sabía que no era más que una frustración fuera juzgado por críticos y marchantes como un logro. Y más aún que el público viera sus obras como postales. Soren sentía un resentimiento sordo por tanta incompreensión, pero se consolaba diciéndose que al menos eso le dejaba a solas con la verdad. Sabía muy bien que intentar descifrar la unión del aire y la tierra había comenzado siendo un reflejo de su vida, pero también que había acabado por ser lo contrario: era su vida la que se había convertido en el reflejo de su pintura. Y si había dejado de creer en su trabajo, si había alcanzado la inacción más absoluta, lo mismo había llegado a suceder con su vida. Insatisfecho, sin más objeto que la busca a la que ya había renunciado, sin conocer el amor... Nunca se casó, había convivido brevemente con algunas

mujeres, y hacía poco que había roto con la última después de una relación aún más corta. Se interesaba al principio en ellas, pero la decepción acababa por imponerse, siempre. Tampoco creía haber tenido suerte con la amistad. No pensaba que los demás fueran injustos con él, porque era consciente de que resultaba difícil de soportar. Cuando pintaba era tan irascible como exigente, y cuando no pintaba aún se sabía peor: lúgubre, pesimista, ausente. Nunca buscó la amistad o la compañía, porque aceptaba que su presencia quemaba, que agotaba el oxígeno a su alrededor. En realidad sólo pudo llamar amigo a Viggo, a quien sin embargo creía que inspiraba temor. En una ocasión Viggo le reconoció a Soren que le asustaba su obsesión por el horizonte: tengo miedo, añadió, a que tu horizonte también acabe por engullirme a mí. Tal vez fue así: Viggo murió, o decidió morir, para abreviar el sufrimiento y el rápido declive causado por un cáncer. Y la ayuda que Soren le proporcionó para acabar se convirtió en el acto de amistad más precioso de su existencia, tal vez el único, pero también en el más doloroso. Tanto que pensó que era el último capítulo de su vida. Se equivocaba.

Soren escribió entonces una nota de suicidio en la que también confesaba la ayuda que le había prestado a Viggo para morir, pero no llegó a consumir su decisión. La carta la rompió después de conocer a Tove. Nadie pudo leer, por tanto, la descripción de la percepción que Soren tenía de la

muerte

no es ni final ni principio: no es. Lo extraño es la vida: la vida es el suicidio de la muerte, un instante de traición a la quietud de las cosas. He pintado durante años el horizonte y estoy familiarizado con la mentira que representa, tan semejante a la de la existencia: ves una mancha o una luz que quiebra la lejana línea, pero cuando llegas a ella compruebas la mentira: esa forma no está en el horizonte, porque desde todas las cosas se ve, siempre, el horizonte. Todo lo

que creemos poder alcanzar es una ilusión. He dedicado todo mi trabajo a reflexionar con los pinceles sobre esa extraña ley, y ahora me parece ya un esfuerzo baldío. Y con un precio tan alto... Porque ese esfuerzo no me ha permitido disfrutar nunca de la vida como ellos la creen disfrutar, convirtiendo la ilusión en realidad. Ni siquiera he obtenido el premio de la satisfacción por mi trabajo, que gusta a algunos por cosas que yo detesto, y que no gusta a nadie por las que lo alienta. Supongo que existe el gozo, aunque sea un espejismo, pero no lo he probado, no lo conozco, y ya sé que no lo probaré nunca, porque ya sé que alcanzarlo es tan imposible, para mí y en realidad para todos, como estar en el horizonte. No soy feliz, no lo seré nunca, nadie puede serlo, nadie lo es. Mi próxima exposición, tantas veces aplazada, será ya tan sólo mi eco. Un eco inútil, porque sé muy bien que todo lo es: y el eco de la inutilidad es una imbecilidad a la que me niego, o para ser justo, de la que reniego. He leído que siempre pinto el mismo tema: la línea del horizonte. Nadie ha parecido ver que no es así: cada vez era un tema distinto, porque avanzaba hacia él, me detenía a pintarlo y... parecía siempre el mismo. Pero no era mi culpa, sino culpa de la esfericidad del mundo. O tal vez sí, y por eso arrojé los pinceles y con ellos la vida: me rindo. No volveré a pintar, no volveré a nada, porque vuelvo a la nada. El error, un chispazo erróneo, es la vida.

Soy responsable de mi rendición como también soy responsable, o al menos cómplice, de la muerte de

Viggo

fue la que me llevó, por azar, hasta Soren, y a Soren hasta mí. El día que nos conocimos creí que el tiempo se había doblado sobre sí mismo. Soren se apoyaba en la barra de la cafetería del tanatorio, y no hacía nada para ocultar que estaba llorando. Me di cuenta, nada más verle, de que se parecía a Jens de una manera asombrosa. Sólo que Jens tenía la misma edad que yo y él pasaba de los cuarenta. Todo en

Soren sugería un Jens con veinte años más: el mismo cabello revuelto, la misma limpieza del rostro, la misma expresión en su cuerpo y, sobre todo, el mismo halo.

Yo había acudido al tanatorio con mi madre para asistir a la ceremonia de cremación de Viggo, mi tío, el hermano bohemio y disparatado de mi madre, al que no había visto desde los catorce años. Pobre Soren, murmuró mi madre, encaminándose hacia el hombre que lloraba. Mientras se abrazaban, se dijeron algo que yo no pude oír. Luego, mi madre me presentó a Soren como el mejor amigo de Viggo. Al escuchar su nombre completo recordé que se trataba de un pintor reconocido de quien había visto, con interés, algunos cuadros en el museo nacional de arte contemporáneo. Soren apenas movió los labios mientras estrechaba mi mano. Tampoco sus ojos, tan parecidos también a los de Jens, se dirigieron hacia mí. Cuando mi madre nos dejó solos, nos sumimos en un silencio tan largo que estuve a punto de despedirme, o de desaparecer sin decir nada. Pero logré superar la tensión y permanecí junto a él. Soren miraba absorto al fondo de su taza vacía y parecía seguir ignorándome. Al verle más de cerca advertía algunas diferencias con Jens que, a primera vista, me habían pasado desapercibidas. Pero cuando oí su voz tuve que reprimir mi sorpresa: también era la de Jens. Esa nueva coincidencia acrecentó aún más la sensación que tenía de estar más allá del tiempo, veinte años más tarde. Me gustaba como también me gustaba Jens, pero me parecía que dentro de Soren había mucho más que en él. ¿Qué? Seguramente la madurez que yo pensaba que otorgaban, de un modo automático, los años.

Viggo me dijo que tenía una sobrina que quería ser pintora, dijo Soren. ¿Eres tú? Creo que me sonrojé. Me sentía estúpidamente halagada por haber captado la atención de un pintor importante, y también disfrutaba de una paradoja morbosa: ver a Jens envejecido y a Soren ausente de su juventud, la que yo conocía en la piel de Jens palmo a palmo. No habló de Viggo, sino de pintura. Me dijo, y no parecía cínico sino sincero, que aún estaba a tiempo, que

renunciara a la pintura: lo mejor que conseguirás, si lo consigues, será reproducir la luz y la forma de lo que ya existe. No cambiarás nada, añadió con amargura. Ningún cuadro ha dicho jamás nada nuevo. Le dije que había visto sus cuadros en el museo de arte contemporáneo, pero no quise parecer adulatora y añadí que no los recordaba muy bien. Era mentira. Me dijo que iba a exponer en la ciudad, por primera vez desde hacía ocho años. Los cuadros del museo, añadió, son antiguos. Los iba a quemar, y puede que aún lo haga. Pero si aún quieres ver algo que no sirve para nada, puedes venir, si quieres. Dije que sí, que lo haría. Al hacerlo, pensé que iría con Jens, pero de inmediato reconocí, para mí misma, que no sería así. No quería verles uno junto a otro y arruinar así el privilegio de poder compararles, de medir en ellos el efecto del paso del tiempo. Si se veían el uno al otro, esa sensación ya no sería sólo mía.

Jens y yo compartíamos muchas cosas: la ciudad, la luz helada de Dinamarca, edad, facultad, gustos y aficiones. Jens me amaba con pasión y yo había acabado por corresponderle, sin entusiasmo. Fue Jens quien se empeñó en derribar los muros que yo interponía entre los dos. Nos conocíamos desde hacía dos años, cuando habíamos coincidido en la facultad, y la afición por la pintura nos había unido. Jens quiso ir más allá de la simple amistad y yo no encontré la manera de pararle; acabé por convencerme de que también le quería, o acepté aquel sentimiento por comodidad. Es verdad que me gustaban su rostro, su pelo, su mirada, sus manos, su delgadez... Me enternecían, además, su infantilidad, su indefinición, su desorientación. Sin embargo, cuando nos besábamos era siempre yo la que se separaba, y si hacíamos el amor yo no dejaba nunca de estar ausente. En esas ocasiones, buscaba el porqué de mi insatisfacción. Y esa pregunta me desasosegaba aún más, porque me hacía dudar de mi propia sinceridad, de modo que acababa por aplazar su respuesta.

Dos días después de conocer a Soren cumplí mi

palabra

y acudí al museo. Le encontré casi solo, en compañía de una mujer de aspecto funcionarial que trabajaba detrás de una mesa. Pero nos saludamos con la mano, sin acercarnos aún. Soren escuchaba las palabras aisladas de la mujer de la mesa, pero me miraba furtivamente. Pensé que tal vez ni siquiera se había acordado de mí desde nuestro primer encuentro. Luego entró un grupo de estudiantes de bachillerato con su profesora de arte, y su murmullo me aisló aún más de todo. Recorría la galería, observando los cuadros de Soren. Todos ellos tenían como eje el horizonte. Una superficie velada en la parte superior, y otra en la parte inferior, divididas ambas por una leve diferencia de tono, a veces de color. Me parecieron más hondos aún que cuando los había visto sin conocer a Soren. Los lienzos habían sido dispuestos en las cuatro paredes a diferentes alturas, de modo que el horizonte tenía una continuidad, de uno a otro. Mirara hacia donde mirara veía siempre el horizonte como una línea discontinua. Al hacerlo me sentí como un león en la sabana, rodeada por una lejanía al que no serviría de nada acercarse, porque siempre permanecería a idéntica distancia. Los cuadros, uno por uno, me parecían tristes, dolorosos, y en cierto modo decepcionantes. El poco color que había en ellos tenía la virtud de esconderse en sí mismo, y las escasas formas que reflejaban parecían sombras que me inquietaban. Me enfrentaba a los cuadros con aquella angustia, pero cuando me detuve ante el último, percibí en él un veta de amargura, o tal vez de autocompasión, que me hizo volver atrás, sorprendida, para volver a empezar. Mis ojos parecían los ojos del propio horizonte. Y a quien veía era a Soren, como si los lienzos fueran espejos y yo fuera quien los había pintado. Y él, en esa nueva visión, estaba cada vez más cerca. Sentí entonces la necesidad de hablar con él de esa mirada desde el otro lado, de la amargura disimulada detrás de tanta sombra, de sus ojos cada vez más cercanos al horizonte, pero sabía que no lo haría por mí misma. No me atrevía. Espié a Soren desde lejos y él estaba haciendo lo mismo. Los estudiantes le rodeaban, y la profesora de arte

hablaba, pero él me buscaba por en medio de sus cabezas. Un momento después los dos contemplábamos, juntos y en silencio, los cuadros a nuestro alrededor. Tuvo que ser él quien empezara a hablar. Al principio la conversación fue superficial, aunque algo debí decir, porque Soren pareció sospechar que yo me acercaba al verdadero significado de sus lienzos: el dolor. Quiso saber más. Le dije algo así: creo que la exposición está mal montada. Me miró con escepticismo, y me preguntó por qué. Tardé en responder. Me reprochaba a mí misma haber sido tan osada, pero ya era tarde. Así que dije: quien haya montado la exposición quiere indicar que todos los lienzos son la misma mirada circular al horizonte, desde un mismo punto. Su escepticismo se volvió sorpresa, con una sombra de duda todavía: ¿y no es así?, preguntó. Me reí, me parece. Por puro nerviosismo. Me excusé: es una tontería. Él insistió, hasta que dije: creo que no, que no es así, que quien ha puesto los cuadros en círculo se equivoca. Me parece que son etapas de una mirada cada vez más cercana, aunque el horizonte siempre parezca igual de lejano. Por eso producen angustia. A mí, al menos, me la producen. Tragó saliva. Bajó los ojos, y cuando los elevó de nuevo lo hizo para mirar hacia sus cuadros. Por un momento no supe lo que pensaba, si lo que yo había dicho no sería una niñería para él. Pero volvió sus ojos hacia mí, y fue la primera vez que me dieron miedo. Tanto que creo que retrocedí un poco mientras él decía: nadie, nadie se había dado cuenta nunca. Y añadió con una sonrisa herida, aunque no triste, mientras me miraba, un poco retador: fui yo quien la montó así. Creí que no merecía la pena hacerlo de otro modo.

Más tarde, mientras quemábamos los mismos cuadros, me diría que aquella tarde le pareció que compartía con él el deseo de llegar al horizonte, de desvelar su misterio. Era verdad. Una verdad mezclada con sombras, aunque no por eso menos verdad. También me dijo entonces que mi visita a la exposición le hizo pensar en su vida, y dudar de la sensación de derrota final en la que le había sumido la muerte

de Viggo, la ayuda que le había tenido que prestar. Cuando dijiste aquello, añadió, me hiciste creer que aún merecía la pena volver a intentarlo. Y me dejaste pensar que al fin parecía haber alguien delante del horizonte, una lejana esperanza de atrapar, aún, la vida. Y arrojó el último lienzo al fuego.

Allí, en la exposición, pronunció por primera vez mi nombre, Tove, pero en cómo lo decía noté que no era mi nombre lo que pronunciaba, sino su significado: paloma. Le pedí que me firmara el catálogo, y Soren hizo algo especial. Le pidió a la directora de la exposición un papel en blanco, lo colocó en la mesa, y me miró un instante. Yo pensé que me iba a hacer un retrato, pero la mirada de Soren se ausentó, como la de un gato. Entonces trazó con agilidad una línea leve, asomada a un lejano horizonte. Aquella línea apenas contenía volumen, no era más que la insinuación de algo. ¿Qué es?, pregunté. No lo sé, contestó Soren, evasivo. Un volumen, ni siquiera eso: una línea, nada más. Y miró a su alrededor, al monótono vacío de sus cuadros para añadir: en cualquier caso, un avance. Mucho mejor que toda esta mierda. Firmó el boceto y, con una sonrisa angustiada, puso su número de teléfono al otro lado del papel. Por si alguna vez quieres que sigamos hablando de arte, dijo. Gracias, contesté. Me gustaría mucho, añadí con vehemencia, mucho. Me alegro, dijo Soren. Nos estrechamos la mano, al despedirnos. Yo miraba a los ojos de Soren, sin poder evitar el recuerdo de las lágrimas que los hacían tan humanos, en el funeral de Viggo, ni el del miedo que me habían dado unos minutos antes. Confieso que me atrajo la idea de atizar aquel fuego, con una excitación levemente cruel. Luego nos separamos, porque había llegado a la exposición un matrimonio mayor y la mujer de la mesa reclamaba a Soren.

Durante varios días pensé mucho en él. Y en Jens, a quien vi como de costumbre y a quien oculté por completo la existencia de Soren. Había enmarcado el dibujo en un cristal con pinzas y lo había colgado en mi habitación, frente a la cama. La línea del boceto, tan sólida, tenía una temblorosa

fragilidad

que me desconcertaba. Pensaba que todo el misterio del dibujo residía en aquel trazo, sin atreverme a decirme que tal vez fuera yo misma, o una representación de mí misma, una paloma quizás, tangible, el horizonte capturado. O el sueño de lograrlo. Pero si era así o no, sólo él lo sabía, y me producía una rabia oscura que él fuera quien tuviera, para sí solo, el secreto de aquel dibujo. Prefería ser yo la única dueña de todas las claves.

Una semana más tarde decidí marcar su número de teléfono. Comprobé con placer que esperaba mi llamada. Como una premonición de lo que nos aguardaba en el futuro, nos vimos en el muelle del canal de Nyhafen y viajamos en coche para ver el mar. En el camino me pidió que le hablara de mí, y lo hice. Pero en lo que le conté no estaba Jens. Me engañaba, diciéndome que aún no era el momento de hablar de él, porque sé que en realidad no quería hacerlo. Cuando al fin llegamos frente al mar abierto nos quedamos en silencio hasta que Soren dijo: tenías razón el otro día. Y después me preguntó: ¿de qué serviría embarcarse para llegar a él? No contesté. Pero podemos ir a la isla de Anholt un día, si quieres, siguió diciendo. Yo ya lo he hecho. Cuando el barco se acerca, la esfera del mar se quiebra de pronto, y aparece la isla. Pero cuando llegas a ella, el horizonte vuelve a estar en el mismo punto... Yo había estado una vez en Anholt varios años atrás. Recordaba la isla como una suma austera de hierba, viento y agua. Con la nada alrededor de ella. Se lo dije, y él me miró con la misma sorpresa que habían reflejado sus ojos en la exposición, antes de decir: el horizonte es como un espejo al que nunca puedes llegar. Das un paso hacia él y tu imagen también lo hace, pero en el sentido contrario. Avanzas hacia él, pero se escapa, retrocede, te engaña, se burla de ti. No lo puedes atrapar, no puedes tocarlo, no puedes traspasarlo. He buscado toda mi vida la manera de romper esa ley, de encontrar algo o alguien en el horizonte. Hubiera encontrado una razón para vivir. Si no lo logro sólo

me quedará el consuelo de saber que no me equivocaba e irme a formar parte de la intangible lejanía.

Me sentí conmovida. Hubiera querido decirle que avanzara hacia mí, que yo no me alejaría. Pero guardé las palabras en mi interior. Fue entonces cuando Soren me dijo que estaba en un tiempo prestado. Entonces apenas pude intuir lo que aquella frase significaba.

Antes de despedirnos me dijo que quería que estuviera con él mientras quemaba sus cuadros, y que le ayudara. No caí en la tentación de pedirle que no lo hiciera, y no creo tampoco que él lo esperara. O tal vez era una prueba. Lo hicimos aquella misma tarde, sin ceremonias. La exposición ya estaba clausurada y los cuadros en su estudio, en cajas. Las abrió con una palanca y apenas los miraba mientras los troceaba para que cupieran por la puerta de la caldera. Le ayudé, y me gustó hacerlo, lo hice con un placer casi sexual. Me gusta el fuego, y arrojar los cuadros a él me daba una sensación de poder que me aturdí, que me hacía respirar con fuerza. No hablamos de los cuadros. Él sólo se refería a mí, como si estuviera preparando la cena, y los cuadros no fueran apenas más que el gas del hornillo. Quemar sus cuadros fue una sustitución del suicidio. No se quitó la vida, pero se arrancó el pasado. No nos acostamos. Cuando empezó a destrozar los cuadros para arrojar los pedazos a la estufa llegué a pensar: qué brillante estrategia para conseguirme, pero qué esfuerzo tan caro. Pero él no me lo pidió y aunque yo me moría de ganas, todavía excitada por el fuego, no me atreví a hacerlo tampoco.

De aquella tarde surgió la primera idea de un viaje, siempre al borde del mar: Holanda, Bélgica, Normandía, Bretaña, Las Landas, San Sebastián, Asturias, Galicia, Portugal... Un peregrinaje alrededor del horizonte, decía Soren. Aunque también volvimos a hablar de ir a la isla de Anholt no lo hicimos nunca, pero esos nombres de países, regiones y ciudades, quedaron en mi mente como un camino al horizonte, no para mirarlo a lo lejos ya, sino para llegar a él y a la vida, por fin. Un viaje en el que se disolviera lo peor de mí misma.

Creí entonces que me convertía en mujer soñando con el viaje.

Durante algunas semanas nos vimos de vez en cuando. Soren me dejaba ver poco a poco algo más importante que sus calzoncillos: el interior de su corazón. Me seguía hablando de su desesperanza, de la sensación de estar en el final, de la amargura que le había causado la muerte de Viggo. Pero yo no lo aceptaba y trataba de devolverle la fuerza para seguir vivo. Me complacía pensar que era yo quien le hacía vivir. Un día, tras varios silencios evasivos, me aclaró su insinuación sobre la vida prestada: confesó que durante la muerte de Viggo, tan dolorosa, había pensado en acompañarle en el último viaje. Y que después había llegado a escribir una carta de suicidio. Le pregunté si había sido antes de que nos conociéramos, en el funeral. Antes, contestó con una de sus primeras sonrisas sinceras. Pero la rompí después, el día que quemamos los cuadros. Y arrojé los trozos al fuego después de que te fueras. No pude evitar acercarme a él para apretarme contra su pecho. Animado por mi gesto, insistió en la idea del viaje. Yo sabía que si aceptaba le ayudaría a salir de su estado, pero que también que no sería para acostarnos, sino para iniciar algo más importante. La idea era intranquilizadora, aunque pensar en su cuerpo despertara una parte de mí misma que la torpe insistencia de Jens había acabado por adormecer. Me decía, para engañarme, que tal vez descubriera con Soren la manera de encontrar a Jens, de despertar. Es verdad: tuve muchas dudas, y sobre todo acerca de Jens. Decirle que Soren me ofrecía hacer un viaje con él era la ruptura. Y no deseaba romper con él, o no me sentía lo bastante fuerte, porque no estaba segura de nada. De nada. Me proporcionaba a mí misma mil coartadas para el silencio. Una noche, al fin, decidí aceptar el ofrecimiento de Soren. Antes de descolgar el teléfono sentí que el corazón se me aceleraba, y que la mano me temblaba. Descolgar y marcar se convertía en un paso sin vuelta atrás, el principio de un cambio, algo desconocido y salvaje que me atraía y me atemorizaba al mismo tiempo. Y lo hice.

En los días previos al

viaje

Jens no notó nada extraño en Tove. Ella estaba ausente, aunque no mucho más de lo que solía estar siempre. A su modo, sin formularlo así, él también la percibía como a la lejana línea del mar, inalcanzable, indescifrable. Siempre se había comportado así, desdeñosa y ausente. Que aquella distancia se acrecentara unos días no era nada nuevo. No supo nada de lo que estaba sucediendo hasta el día en el que Tove no acudió a la facultad. Cuando telefoneó a su casa, la madre de Tove le dijo que se había ido de viaje. ¿De viaje? ¿A dónde? Hacia el sur de Europa, según creo, contestó. ¿con quién? Decidió mentir. Ya que Tove no le había dicho nada a Jens, no se sintió con derecho a revelarle la verdad: con unas amigas. Pero lo dijo sería y, le pareció a Jens, preocupada. Sin embargo, él no acertó a expresar lo que pensaba, porque tampoco pensaba con claridad. Conocía a algunas amigas de Tove, pero había otras en Korsör de las que sabía muy poco y a las que ni siquiera había visto nunca.

Mientras Jens esperaba en Copenhague, Tove pensaba cada vez menos en él. Jugar a comparar a Soren con Jens había dejado de ser divertido. Poco a poco, puerto a puerto, se iba acercando más y más a Soren. Los primeros días, tomaron habitaciones separadas. Pero fue ella la que había acabado por dar el paso, y ahora disfrutaba junto a Soren, y no encontraba ya en su interior el rastro del dolor ajeno, el

remordimiento

no hizo presa en mí, porque supongo que no le di la oportunidad de hacerlo. Si me acordaba de Jens lo hacía pensar en su dolor. Entonces me convencía a mí misma de que me esperaría, y que si mi relación con Soren fracasaba siempre estaría allí. Nunca había sentido mi cuerpo, ni siquiera había sabido que existía, en realidad. El amor con Jens había sido

pura gimnasia; placentera, pero gimnasia. Y su placer, de una obviedad animal, me resultaba lejano, casi ajeno. En Soren descubrí, sin embargo, un juego que era maligno y angelical al mismo tiempo. Mientras hacíamos el amor hallé en mí el deseo de su placer, más que el mío propio, aunque no como un regalo, sino como una especie de tortura, porque le hacía comprender, de manera sutil, que no acababa de llegar a mí. De nuevo el horizonte y sus espejos concéntricos, de nuevo la línea leve y desdibujada, asomada al abismo. Soren me confesaba que sus sentidos habían permanecido dormidos durante toda su vida, y le sentía tan dependiente de mí, de mi cuerpo, de mi sexo, que jugaba a balancearle en el abismo. Pensaba en su sentencia aplazada: un tiempo prestado. Y la razón de aquel tiempo era yo misma, y su boca y su sexo buscaban dentro de mí la razón para permanecer un día más en la misma vida que había llegado a despreciar tanto. Podría haber frenado su vértigo, quedarme quieta para que me alcanzara, para que no sintiera más ansia ni inquietud, para que me supiera satisfecha y serena, pero no lo hice. Cuando en las horas de la madrugada se rendía exhausto yo le sonreía, pero en mi sonrisa comprendía, sin atreverse a confesarlo, que aún no me había atrapado. Un poco más, un paso más... Ni siquiera sé si le mentía, si mi indolencia me hacía aplazar el momento en el que me dejaría alcanzar. Fuera como fuera: pobre idiota, aprendiz de mujer, aprendiz también de bruja... Pero a la noche turbadora sucedía el

día

lo usaban para viajar, por la tarde se acomodaban en el hotel más cercano a algún puerto, paseaban, cenaban, y volvían a empezar. Cada amanecer era en su realidad la caída del sol más allá del mar, de todo. Y una vez más volvían a recorrer los paisajes de la tarde, comparando luces y nieblas. En Normandía contaron los segundos en los que la marea anegaba arenales a la velocidad de un caballo al galope, y en Bretaña vieron cómo la galerna teñía de negro cielo y mar hasta borrar sus fronteras, creando la ilusión de la desapari-

ción del horizonte. Tove contemplaba a Soren cuando él se quedaba pensando, perdida la vista en la lejanía. Le parecía que en esos momentos se quedaba solo consigo mismo, buscando algo que sólo podía encontrar en su mente. Entonces abría los ojos tan rápidamente que sus pupilas se volvían verticales y cortantes. Poco a poco los iba entornando, hasta que la línea de sus párpados llegaba a coincidir con la línea que buscaba en la lejanía. No era consciente de su propia ausencia. Y, ahítos de mar y de bruma, emprendían una nueva etapa. Si lograban aislar sus pensamientos del futuro, del inevitable regreso, se decían sentir felices y en paz. Como gatos al sol, repetía Tove. Pero ninguno era del todo sincero.

Jens volvió a llamar a casa de Tove unos diez días después. Cuando la madre le dijo que Tove no había vuelto todavía, él se atrevió a preguntarle si sabía dónde estaba. Entonces ella, compadecida, le contestó con la verdad. Le habló de Soren y al pronunciar su apellido Jens lo reconoció. ¿Por qué no me lo dijo el otro día? No quería hacerte daño, contestó la madre. Pensé que Tove volvería antes, y preferí que ella misma te dijera lo que te tuviera que decir. Jens, paralizado, no consiguió añadir nada más. Tan desvalido le pareció a la madre de Tove que acabó por decirle que Tove había llamado el día antes desde San Juan de Luz, en el sur de Francia, y que había hablado de seguir el viaje por el norte de España, tal vez por Portugal. Jens consultó un mapa nada más colgar. El sur de Francia, España, Portugal, le parecían lugares lejanos, inalcanzables. Pero le dolía que Tove siempre le reprochara, aunque no lo dijera, que fuera un adolescente todavía. Se dijo a sí mismo que había llegado la hora de demostrarle que no era así, y que no había mejor ocasión que aquella, cuando se había ido con Soren. Pensaba que era su última oportunidad para recuperarla, y decidió pedirles dinero para el viaje a sus padres. Al día siguiente volaba hacia Bilbao, seguro de que, antes o después, encontraría a Tove y a Soren. En el avión se volvió a sentir inseguro. ¿No sería el suyo, después de todo, un intento ridículo, infantil? Él era, al fin y al cabo, un pobre estu-

diante, y Soren un pintor consagrado. Pero el sentimiento de su propia valentía para lanzarse en busca de Tove, hacía que su inseguridad se disipara o que, al menos, se mitigara.

Ya en España eligió como destino un pequeño pueblo que figuraba en todas las guías, cerca de Santander. Le parecía inevitable que ellos pasaran también por allí. No se había equivocado. Pero cuando preguntó en el mejor hotel por Soren, le dijeron que habían dejado la habitación aquella misma mañana. No les había encontrado, pero al menos sabía que estaban cerca. Dos días después, dio con ellos. Fue de nuevo gracias a la madre de Tove, a quien llamó por teléfono para pedir ayuda. Ese mediodía, un par de horas antes, Tove había telefonado a su casa para decir dónde estaba. Su madre no estaba segura de hacer bien, pero al final volvió a compadecerse de Jens, y le dio la dirección. Era en Gijón, en un pequeño hotel, cerca del puerto deportivo, a espaldas de un palacio de nombre impronunciable. Durante un buen rato la madre de Tove dudó sobre si debía llamar a su hija para advertirla. No lo hizo. De haberlo hecho todo habría cambiado.

Jens esperó en el hall del hotel, pero no les vio. Pasaban las horas del atardecer, y luego las de la noche. A las doce, seguro de que estaban en la habitación, se decidió a llamar por teléfono. Fue Soren quien respondió, pero Jens preguntó por Tove, sin decir quién era. Es para ti, le dijo Soren pasándole el teléfono a ella, sin un atisbo de sorpresa siquiera. Al oír la voz de Jens, al otro lado del aparato, Tove fue consciente de lo que había hecho. Se acusaba de pronto de no haber pensado en él apenas, como si estar lejos disminuyera la crueldad, la inquietante impureza de su silencio. Quería hablar con él, explicarle todo, pero no podía hacerlo sintiendo el cuerpo de Soren a su lado. Yo te llamaré, dijo, creyendo que Jens estaba en Copenhague. Este comprendió que Tove no sabía que le hablaba desde el vestíbulo del hotel, ni siquiera desde España, pero tampoco quiso, o tal vez no encontró la manera de decírselo. Sin saber qué más añadir, colgó. Poco después, salía del hotel con una corazo-

nada: Tove bajaría a la calle, a respirar aire puro, tal vez a pensar. Y así sucedió. Menos de media hora después, salía a la calle. Pero con ella también lo hizo Soren.

Les siguió de lejos, sin que le vieran. Bajaron hasta el paseo del puerto, batido por el vendaval. Caminaban enlazados pero, a pesar de la distancia, Jens sabía que ella estaba rígida. Conocía muy bien aquella rigidez que solía acompañar a las ausencias de Tove porque él las había sufrido muchas veces. Después les vio hablar, aunque no les podía oír. De haber sido así habría sabido que Tove le estaba hablando a Soren, por primera vez, de él. La llamada de Jens había provocado que se sintiera culpable de una traición. Y al pensar en tal palabra empezó a ser incapaz de distinguir con claridad, y

verdad y mentira

me parecían igual de insoportables. Tuve que hacer un gran esfuerzo para reconocer ante mí misma, y ante Soren, que haberme ido a escondidas, sin hablar con Jens, era algo sucio. Y que había sido igual de insincera al no hablarle a Soren de él. Soren se mostró tan generoso como solía ser siempre al juzgar a los demás, en la misma medida en la que era exigente consigo mismo. Me esforcé entonces en hablarle de él, aunque sin mencionar su enorme parecido físico. Aún me resistía a hacerlo, porque para hacerlo tenía que decirle que era como Jens, pero con veinte años más. Le expliqué que habíamos sido amigos durante cierto tiempo, pero que Jens quería algo más y que yo había acabado por rendirme. Y que después me había sentido redimida por aquella rendición, que le quería. Soren acogió mi confesión, o mi mentira, sin un parpadeo. Tal vez pensó que esa era la razón por la que no lograba tenerme del todo nunca, sin sospechar siquiera la verdad, mucho más sencilla y cruel. Mi amor por Jens, le dije, es un amor muy ingenuo, pero también muy puro. Al decirlo, me sentí confusa. Y mal. Quería a Soren como nunca había querido a Jens, ni a nadie, pero

también sabía que aquel amor era una proyección del que sentía por un Jens maduro, ideal. Nunca hubiera podido confesarle la verdad, aún ahora me duele hacerlo: no me dolía su dolor, me resultaba extrañamente indiferente. Hice un nuevo esfuerzo, pero seguía sin encontrar el momento para hablarle a Soren del extraordinario parecido que había entre ambos.

Seguimos caminando, evitando la luz directa de las farolas, inclinados a causa del viento. Sobrepasamos una pequeña iglesia, cercana la rada del puerto, y subimos por una cuesta rodeada de hierba. Cuando al fin la coronamos vimos que frente a nosotros había una estructura enorme, una especie de T curvada, clavada en la hierba, asomada al abismo negro del mar. Mientras caminábamos hacia la escultura veía con perplejidad, y creo que Soren también, que se trataba de la concreción en volumen del dibujo que él había trazado para mí en la sala de exposiciones de Copenhague. ¿La conocías?, pregunté. No pude saber si él intuía también la semejanza entre su línea, apenas esbozada, y aquella escultura. No, contestó Soren. No tenía ni idea de que existiera. Añadió que nunca la había visto, ni en fotografías, y que ni siquiera tenía idea de quién podía ser su autor. Pero habla del horizonte, dijo después de un largo silencio. No dijo si también hablaba de nosotros.

La hierba que rodeaba la escultura, iluminada por la luz anaranjada de las farolas de vapor de sodio, tenía color café. Avanzamos hasta la escultura y nos cobijamos en ella, frente al mar. Soren permanecía muy concentrado, mirando hacia el mar, hacia la parte alta de la escultura... Como otras veces, ante otros paisajes, parecía haber olvidado que estaba junto a él. También yo miré el mar y la escultura, y al hacerlo me di cuenta de que oía el fragor de las olas detrás de mí, por encima de los dos. Y aquella inconcebible escultura que ponía el mar a nuestras espaldas se enseñoreaba de cielo, tierra y mar; era su propio centro. Esta escultura, pensé, es lo que Soren ha buscado tantos años: la captura del horizonte. Me decía que otro artista había conseguido aquello en lo que

Soren había fracasado y suponía que él pensaba lo mismo, con amargura, tal vez con un sentimiento de derrota. La llamada de Jens, sin embargo, me había anestesiado, y no me sentía afectada por su derrota. Ni siquiera sé si quería que me afectara. El mar emitía un ronco

gemido

bajo los acantilados, y el viento azotaba sus rostros. Así les vio Jens, cuando también llegó al final de la cuesta. Las dos figuras, pequeñas y frágiles, ante una estructura de cemento que se enfrentaba al viento y al mar oscuro, mientras la ciudad y la noche intercambiaban sus alientos. Se movieron unos pasos, desaparecieron en la sombra de la propia escultura, y volvieron a aparecer en su centro, debajo de ella. Jens dudó. Quería hablar con Tove, pero la presencia de Soren le atemorizaba. Sin embargo, sabía que iba a ser difícil conseguir hacerlo a solas. Pensó en irse, en rendirse. Los veía allí, el uno junto al otro, y aunque se sentía traicionado y roto, abandonado, se esforzó en pensar que Tove tenía derecho, y que con aquel abrazo estaba todo dicho. Pero, entonces, ¿para qué había venido? ¿buscaba una oportunidad todavía o había hecho aquel largo viaje sólo para sentirse humillado y apurar la amargura de la humillación? No lo sabía. Había emprendido su busca sin pensar, empujado por la ira, y ahora le empavorecía la idea de aparecer ante ellos sin más equipaje que el despecho.

Un paso atrás, en las sombras, y luego otro paso, y después darse la vuelta, deslizarse furtivamente, alejarse, desaparecer... Pensaba en hacerlo, todavía inmóvil, pero toda su vida se presentaba ante él como una suma de vacíos consecutivos. Sólo una vez había logrado algo: el amor de Tove. Había luchado por ella, para merecerla, para sentirse querido, para poder amarla. Y rendirse ahora era renunciar definitivamente a aquella victoria, hundirse en la cobardía. Si Soren era un obstáculo muy alto, más saltaría. Decidió entonces acercarse para pedirle a Tove que, esa misma noche

o al día siguiente por la mañana, aceptara hablar con él a solas. En lugar de un paso atrás, un paso adelante, y luego otro. En lugar de las sombras, la luz. En lugar del deslizamiento cobarde, el impulso valeroso. Cuando Jens dejó la protección de las sombras, Tove estaba abrazada a Soren. Si les hubiera podido oír, hubiera escuchado a Soren diciendo, mientras miraba hacia la escultura: su hallazgo no es el hallazgo. Es sólo su

hallazgo,

dijo Soren. No sé si me lo decía a mí o si lo decía para sí mismo. Si sus palabras eran para mí se trataba de una excusa, si se lo decía a sí mismo era un acto de valentía. Y en ese segundo, antes de ser consciente de que aquel a quien veía era Jens, cupo un cúmulo de pensamientos en el que me contemplé a mí misma con espantosa desnudez: me complacía el fracaso de Soren, oscura, morbosamente... Pero no pude juzgar aquel sentimiento cruel porque fue en ese exacto momento en el que vi a Jens por encima del hombro de Soren. Al principio, mientras le vislumbraba saliendo de la oscuridad pensé que era alguien que también se parecía a él, y que mi imaginación hacía el resto. Pero en el momento en el que la luz de las farolas alcanzó a iluminarle de lleno comprendí que no había ningún error, que estaba allí, tan incongruente como real. Jens, dije, tratando de levantar la voz, aunque sin lograrlo. ¿Qué?, preguntó Soren. Se volvió, y vio a Jens, que se había detenido ante la escultura, mirándonos fijamente. Yo no sabía qué decir. Corrí al fin hacia Jens, sintiendo el flujo de las lágrimas en mis ojos. Y tal vez, sólo tal vez, eran lágrimas sinceras. Cuando llegué junto a él me detuve un momento, di el último paso, y le abracé. Mi cuerpo, que conservaba aún el calor de Soren, acogía en la misma huella el de Jens. Sin embargo, él no parecía saber qué hacer, y apenas podía devolver una pequeña parte de la fuerza desesperada con la que me apretaba contra su pecho. Jens, Jens, decía con mi cuerpo, sin que de mi boca pudiera

salir una sola palabra, perdóname. Él no encontró tampoco ninguna palabra para responderme, y también su cuerpo estaba mudo. Supongo que no sabía qué significaba la petición de perdón de mi abrazo. ¿Regresaba a él, o le anunciaba que me iba definitivamente? Yo no lo sabía, todavía. Le tomé de la mano y caminamos juntos hacia la escultura de cemento, donde esperaba Soren, en silencio, sin protegerse del viento, cada vez más intenso. Cuando llegamos ante él, le dije: Soren, este es Jens.

No contesta, pero comprende. Veo claramente que todo se desmorona a su alrededor, que la paloma del horizonte vuelve a escapar de él, una vez más, en medio de la oscuridad, ante esta escultura que es también una vestidura de la derrota. Se tambalea y, en vez de acercarse a nosotros, se aleja hacia una de las columnas del monumento. Hago un intento de seguirle. Pero cuando me doy cuenta de que Jens se ha quedado atrás, entre las sombras, me detengo, indecisa de nuevo. Y también impasible.

Me encontraba en el exacto centro de la escultura, con el círculo de cemento sobre mi cabeza, y la noche oscura por encima de ella y de mí, como un ojo que me escrutara. El mar bramaba ante el empuje del viento, que seguía arremolinándose. Y el rugido de las olas chocaba con las paredes curvas del monumento, se multiplicaba, me envolvía haciendo que confundiera abajo con arriba, y arriba con abajo. Soren se apoyó en una de las columnas, la más lejana, y Jens se quedó clavado ante la otra, con las manos en los bolsillos del abrigo. Y el horizonte se vengó de mí. La escultura, que me hacía confundir arriba y abajo, también me hizo confundir delante y detrás. No veía apenas nada, y ellos se habían convertido en siluetas borrosas. Me pareció oír decir a Soren, por encima del estruendo del mar: Tove, debes elegir. No contesté. Mi pensamiento cada vez se enmarañaba más. Sentía que amaba a Jens, y al mismo tiempo no quería perder el amor de Soren. Aquella advertencia, tener que elegir, me anesthesiaba. Apenas les veía, pero escuchaba su voz.

Debería decir sus voces, tal vez, pero eran tan semejantes que parecían la misma. A mi derecha estaba Soren, apoyado en la columna de la escultura, y a mi izquierda Jens, vacilante. ¿Cómo pude no darme cuenta de lo que sucedía?

No puedo ver sino sus siluetas mientras hablan. En la penumbra nimbada por la luz de color café la voz que viene de Jens habla del azar. Dice que ha llegado a creer en el azar, pero que esta situación, el encuentro de los tres aquí, tan lejos de nuestro país, viene a demostrar que no hay casualidades, que estamos donde estamos para enfrentarnos a la verdad, que han sido nuestros pasos los que nos han conducido aquí no para cambiar nuestro destino, sino para aprender a juzgarnos a nosotros mismos, que esta noche no es el final para nadie, sino el principio para los tres. Siempre el juicio severo, siempre el dedo que me señala: el viento agita las solapas de mi abrigo que golpean mi rostro, alas de cuervo, y el suelo de grava es cieno en el que me hundo, y mi padre no está cerca con sus certezas, y mi madre está lejos con su ternura, y absurdamente pienso en la lámpara en la que veía entonces perros jugando con una pelota de luz, y quisiera huir, escapar, regresar allí, pero mis pies se hunden en la grava de barro, y el viento me aprieta con sus sogas húmedas y sombrías. Ahora, sin embargo, Jens deja de agobiarme con su apremio, habla de mí con un acento conmovedor, no me trata como a una niña, sino como a una verdadera mujer en cuyas manos está el futuro de los tres; apela a mi madurez y a mi juicio para tomar una decisión que no tendrá vuelta atrás para ninguno, ofrece todo el tiempo, toda la distancia. Y me pide que no me juzgue a mí misma, que no me precipite, que regrese a Dinamarca para decidir a solas, sin prisas. Jamás he escuchado a Jens hablar así. Trato de escrutar su rostro mientras escucho, pero no es más que una mancha oscura y borrosa, sin apenas forma. Soren, en cambio, parece hundirse poco a poco, abrumado por el encuentro, que se empeña en atribuir al azar. Sus palabras, las palabras que vienen de su sombra, entrecortadas, eligiendo los argumentos con torpeza. Intenta defender

al azar diciendo que no estaríamos allí, en este punto entre millones, entre un infinito de puntos iguales, si no fuera por la casualidad, y pretende que no demore mi decisión, dice que al menos él no está dispuesto a aguardar lo que llama “una sentencia” indefinidamente. No parece creer en mi capacidad para reflexionar con serenidad, y eso me quema, agota mi aliento, me deja abandonada a las alas negras del cuervo, a la ausencia, a la fragilidad. No me juzgo, me enredo, pero Jens vuelve a conmoverme diciendo que todo en su vida ha sido la preparación de aquella noche, y que no le importa reconocer que se siente como un niño, inseguro, porque a cambio sabe que pone su vida en mis manos, que su posible sacrificio da sentido por fin a su existencia. Es verdad que sigo viéndole como a un niño, pero ahora descubro en él a un niño capaz de juzgarse a sí mismo, sinceramente maduro en su inmadurez. Y Soren replica con tal ira contenida que me sorprende, que me golpea: esa idea del niño eterno es repugnante, un mal disfraz que sólo busca la emoción fácil. No voy a competir en eso. Me considero maduro, lo bastante para darle sentido a mi vida, y para dárselo también a tu vida, Tove. Yo miro al futuro, no al pasado. Me siento traicionada, sintiendo que con su ira se desmorona todo lo que él ha representado para mí en este tiempo, en este viaje. ¿Qué futuro?, dice Jens. Intento verle, quiero acercarme a él, pero no me atrevo a hacerlo, aún hay miles de gotas de barro que me impiden cualquier movimiento, y las manos en los bolsillos recogen pelusillas y las retuercen, impotencia. Reconozco, dice Jens, que para mí no hay futuro sin ti, Tove. Pero no me importa, porque lo importante es tu vida. Si sólo buscara en ti mi consuelo no te amaría de verdad, sería tan sólo un egoísta: quererte no tiene por qué ser querer tenerte.

Sigo paralizada El mar brama tumultos negros sobre mi cabeza, y cuanto más irreal es la sensación que tengo, sin arriba ni abajo, sin delante ni atrás, más siento que es verdad lo que dice Jens, y que mi vida no tiene sentido si no es en el amor.

Y el horizonte siguió ensañándose en mí: quiero lo mejor para ti, quiero hacerte feliz, oí decir a Soren. Y juzgué como pueril esa promesa, vanamente halagadora.

Yo, dice Jens, no puedo asegurar eso. Es verdad que quiero lo mejor para mí, que te quiero junto a mí, Tove. Pero también sé que si consigo tu amor abriré todas tus compuertas. Amar no es poseer, sino dar. El amor es la felicidad del otro, no la propia. Tu sonrisa es la mía y quiero hacer de la mía la tuya.

¡Tu sonrisa es la mía! En otro momento me hubieran parecido las palabras más cursis del mundo, pero ahora las percibo como una exacta descripción del amor que yo sólo conocía por su ausencia. Las repito en mi mente. Nunca me he entregado a él como lo he hecho en este viaje con Soren, aún con mis pequeñas crueldades, persiguiendo lo inalcanzable desde playas y puertos. Pero ahora siento deseos de descubrir mi propia sonrisa en el placer de Jens, y mi placer en la sonrisa de Jens. De entregarme por completo a él, de dejarme alcanzar por él. De abrir las cortinas y ver que no hay perros ni pelota en la lámpara, cielo raso, lámpara, la realidad por fin. Yo también quiero hacerte feliz, Tove, me parece oírle decir a Soren, ya sin convicción, con un acento de rendición en su voz, apenas audible sobre las voces confusas del mar. Soren se debe sentir cada vez más hundido, seguro de su fracaso, humillado y roto.

Pero qué importa el camino de la escuela, y el frío viento en la larga noche inacabable esperando el autobús, nada importa lo que fui sino lo que soy, ni el viento helado de la infancia sino éste: ese desmoronamiento de Soren debía haberme sido imposible de aceptar; debí comprender mi error. Debí comprender que Soren no podía hablar así. Pero no lo hice, así de estúpida, vanidosa y cruel fui, así soy. Esperaba un gesto suyo para poder lanzarme a los brazos de Jens, sin tener que hacerlo en su presencia. Tal vez no fue todo un error, sino el miedo, el deseo de un amor normal, la busca de la simetría y del orden, el fin de la angustia, de

la incertidumbre. Soren me había desvelado los misterios de la pintura, la inutilidad de la mirada del pintor, su incapacidad para cambiar las cosas, la futilidad de su reflejo de la luz, y aquel obcecado determinismo parecía haberme clavado al suelo, a la convencionalidad, a lo que se esperaba de mí. En aquel momento pensé confusamente que no había sido capaz de entregarme nunca del todo a Soren porque esperaba a Jens. Pobre idiota, paloma en fuga. La luz naranja de las farolas se perdía en la

noche

oscura, frente a mí, sobre el mar. Miré a mi derecha, donde estaba Soren. Le había amado, y todavía le amaba, en cierto modo: quería tenerlo. Su confusa silueta era la lámpara apagada, y los cachorros no jugaban con la pelota de luz, pero tampoco dormían, o tal vez se devoraban unos a otros, hasta que encendía la luz y los volvía a ver contentos, gotas de luz, o de saliva, cayendo con mansedumbre desde el cielo raso. Y luego miré a Jens, quien creí que por fin se había mostrado completo, vulnerable pero sólido, fuerte para reír y para llorar, hombre al fin. Y Jens, pensé, lo es. Todo lo que ha dicho esta noche lo demuestra. Mi horizonte, ese lejano espacio que Soren no habitará nunca, está a mi lado, en Jens, me dije. Giré la cabeza hacia él. Jens permanecía con la cabeza inclinada, hundido el cuello en las solapas de su abrigo. Hubiera asegurado que estaba llorando, y aquella posibilidad hizo que naciera en mí más ternura, más amor. Justifiqué lo que iba a hacer en que Jens tenía razón al decir que aquel era el momento más importante de nuestras vidas, de mi vida, al menos. Podía alargar esa agonía, fingir indecisión, dejarme querer por ambos. Pero, pobre idiota, me sentí madura al decidir que era el momento de la elección, la llegada, por fin, al destino. Si Soren no era generoso, si no se iba, tendría que precipitar su decisión. Me volví un momento hacia él, aunque la mía era una mirada de adiós. No se movía. Me acerqué entonces a Jens, y sin sacar las manos de

los bolsillos del abrigo, uní su cuerpo al de él, apoyando la cabeza en su hombro. Olía a sal, pero también a oscuros pasadizos. No siento ya nada, cuando lo escribo: ¡Soren se debía sentir tan vacío, tan pequeño y viejo frente a Jens mientras nos veía así...! Si en algún momento recordé que le había encontrado al borde del suicidio, con la tinta de su despedida de la vida aún fresca, que se había agarrado a la vida sólo por mí, ahuyenté ese pensamiento incómodo con todo el egoísmo del que era, del que soy capaz. Jens no hablaba. Pasó sus brazos por mis hombros y apretó su mejilla contra la mía, sin poder evitar las lágrimas. Ahora sé que se trataba de lágrimas de autocompasión. Yo debería haberlo notado, y mientras recuerdo ese instante me pregunto si no lo noté también, si no atisbé al menos la posibilidad del error, y si no fui cobarde, tan cobarde como egoísta. La noche viva y negra, el horizonte impasible, la burla del desconocido y cruel escultor que me hacía confundir arriba y abajo, adelante y atrás, pasado y futuro... Sentía el arroyo cálido de las lágrimas de Jens, y recordaba las de Soren, en la muerte de Viggo. Jens, me dije con orgullo, también sabe llorar, incluso en la victoria. Saqué las manos de los bolsillos, y devolví su abrazo. Y separando mi mejilla de la suya, busqué su boca para besarle. Jens agradecía, entre lágrimas, el que creía que era el último beso. Cuando al fin nos separamos, me enjuagué las lágrimas, y me volví hacia Soren. Lo siento, Soren, logré decir. Perdóname. Y regresé a Jens, que todavía escuchaba lo que yo había dicho. Debí repetir mentalmente mis palabras. Debía sentir una mezcla de sorpresa y triunfo: ¡le había elegido a él! Al escuchar la

despedida

de Tove, Soren decidió no luchar más. Se dijo que su obsesión por el horizonte no había sido, durante toda su vida, nada más que la respuesta a una llamada. Había fracasado en su último intento de vencer a su destino, se había engañado a sí mismo durante el viaje con Tove, y sólo podía llegar ya al

horizonte formando parte de él. Jens miraba a Soren. Al principio parecía estar hundido, inmóvil en su derrota. Pero de pronto se puso en movimiento, hacia el acantilado, y su abrigo oscuro aleteó un instante sobre el precipicio. No, gritó Jens. Empujó a Tove, que al estar de espaldas no había visto nada, y corrió hacia el abismo. Pero era tarde. Un segundo más tarde, se escuchó un golpe blando, en el fondo del acantilado. Al volverse y no ver a Soren, al escuchar el grito de Jens, Tove, resistiéndose a aceptar lo que sabía que había sucedido, corrió llamando a Soren. Sólo entonces, cuando se detuvo junto a Jens ante el precipicio, comprendió que era ya inevitable. Un alarido salió de su pecho, inarticulado, lleno de dolor y de espanto. Jens escrutó la negra noche con los ojos muy abiertos y el corazón en la boca. Por un instante pensó si habría hecho él lo mismo, si hubiera sido el rechazado. Sabía que no. Hubiera agachado aún más la cabeza, y hubiera vuelto a empezar en Dinamarca, sin Tove, pero vivo. Los dos gritaron el nombre de Soren durante un largo minuto, inclinados sobre el acantilado, aferrándose a la posibilidad de que hubiera sobrevivido a la caída. Pero el mar no devolvía más que su rugido, en oleadas furiosas.

Debemos ir a avisar, buscar socorro, dijo Jens en voz baja. La palabra socorro resbalaba en los oídos de Tove, le parecía absurda ya. Lo siento, Tove, susurró Jens, lo siento. Yo... Tove se refugió en el pecho de Jens, sollozando. Intentaba hablar, pero de su boca sólo salían palabras aisladas e incoherentes. Jens miró a su alrededor sin saber qué hacer, hasta que comprendió que debía ir en busca de ayuda. Le pidió a Tove que esperara, le dio un beso fugaz, y se alejó corriendo, con apresuradas zancadas, hacia las casas más cercanas. Tardó casi diez minutos en volver. Durante aquel tiempo Tove permaneció doblada, con su cuerpo vuelto hacia el mar, pero con la barbilla hundida en su pecho, buscando una explicación y una justificación a lo que había sucedido, buscando en su pecho un dolor que no llegaba a sentir. No se volvió cuando escuchó el jadeo de Jens, acercándose a ella. Ya vienen, dijo

Jens. Esperaron en silencio, Tove respirando con dificultad, Jens tratando de abarcarla con sus brazos. Al fin, ella levantó la cabeza hacia él y dijo, con la voz aún entrecortada: perdóname, Jens, perdóname. Perdóname por irme a escondidas, perdóname por el silencio, por haber sido cobarde... Y que Soren me perdone también, porque le he fallado, porque le he estado dando una falsa razón para vivir... Vine hasta aquí con él, es verdad, pero ahora sé que vine a buscarte a ti... Quería que crecieras, Jens. No te quería como eras, pero te quiero como eres. Antes de proseguir, Tove se secó las lágrimas con la mano: no te esperaba, pero te esperaba, ahora sé que te esperaba, porque cuando te he escuchado has dicho por fin todo lo que quería oírte decir, siempre. Jens se separó unos centímetros de Tove para preguntarle: ¿y él? Tove miró a la oscuridad. Soren, dijo, no ha hecho sino algo que había aplazado... Cuando nos conocimos ya había tomado la decisión de quitarse la vida, y este tiempo ha sido lo que él llamaba un tiempo prestado... No te puedo mentir: hasta esta noche he creído que mi sitio estaba junto a él, que yo le demostraba que merecía la pena vivir, y que él me lo demostraba a mí. Jens no decía nada. Escuchaba las palabras de ella con gesto sombrío, sintiendo crecer en su mente la sombra de una duda, agobiante y espesa, mientras Tove seguía hablando con voz temblorosa: pero hoy todo ha cambiado. Él ya sabía que su intento era inútil, mientras que tú me has descubierto que ya has crecido, que eras tú al que había amado en este maldito viaje. Estabas ahí, pero no sabía verte. Se separó un poco de Jens antes de decir: lo que has dicho ha sido hermoso. Tenías razón, Jens. Gracias por confiar en mí, por dejarme tiempo para meditar, gracias por haberme pedido que regrese a Dinamarca a decidir mi futuro y el vuestro, pero he... Al oír las palabras de Tove, Jens reaccionó llevando sus manos a las sienes, como si sintiera una punzada en ellas, y la interrumpió: ¿qué he dicho, Tove? Ella no parecía entender el verdadero sentido de su pregunta. Que esta noche no era el final sino el principio, contestó ella levantando la barbilla, y tienes razón,

a pesar del horror. ¡Que querer no es querer tener, sino dar, que no me amarías de verdad si no quisieras lo mejor para mí! Superaremos este momento, Jens, y recordaremos siempre a Soren, porque su muerte... Él la separó de su cuerpo. La tomó del brazo con violencia y avanzó hacia la escultura, sin encontrar aire en su pecho. Dejó a Tove junto a una de las columnas y se alejó de ella, de tres zancadas, colocándose en el centro, donde antes estaba Tove. ¿Qué he dicho, Tove, qué he dicho?, gritó. Y cerró los ojos, esperando. ¿Qué te pasa?, preguntó ella, sin entender nada. Y él escuchó la pregunta a sus espaldas, entre el estruendo del oleaje. Dios mío, musitó Jens al acabar de comprender la espantosa magnitud del error. No era yo el que hablaba, dijo entonces en voz alta. Ella abrió los

ojos

con incredulidad. No puede ser, me dije, no puede ser. Le has elegido a él, Tove, dijo Jens. ¡El eco de esta escultura te ha engañado, nos ha engañado a los tres! La verdad llegó hasta mí como un puño. En un instante fui consciente de que había confundido la voz de ambos, de que todo lo que habría creído que decía Jens lo había dicho Soren. Que mi estupidez había cortado los últimos cabos, que le había arrojado al abismo. Vi pasar a Jens sin ser capaz de mover un brazo. Le veía acercándose al acantilado, y aquel instante de espanto multiplicado, también parecía inacabable. Y grité, cuando la silueta de Jens desapareció en el negro agujero de la noche. Cuando logré correr pensaba con horror que ya era tarde para hacerlo. Pero allí estaba él, paralizado ante el abismo. Apretaba los puños contra sus muslos y la barbilla contra su pecho. Se volvió y dirigió un instante hacia mí dos ojos vacíos. Pasó a mi lado mientras le miraba espantada, y se perdió entre la hierba de color café, de vuelta a la ciudad.

Horas después, en la habitación del hotel, saqué de la maleta la carpeta en la que llevaba el dibujo. Sostuve el

papel en las manos, y me abismé en su contemplación. No hacía nada más. Cabeceaba con lentitud y dolor sobre el papel, a veinte centímetros de mis ojos borrosos, que iban del dibujo a su firma: Soren. En mi mente, se repetían sus palabras, aquellas palabras que había pronunciado en el día de la cita en el Nyhafen, en un tiempo que me parecía remoto: el horizonte es como un espejo al que nunca pudieras llegar... hacia él y tu imagen también lo hace... avanzas... pero se escapa, retrocede, te engaña... No lo puedes atrapar, no puedes traspasarlo... He buscado toda mi vida la manera de romper encontrar algo o alguien en el horizonte. Hubiera encontrado por fin una razón para... sólo me quedará el consuelo de saber que no me equivocaba e irme a ... la intangible lejanía...

Sigo mirando el dibujo. Soren se equivocaba. Este dibujo es la prueba. Yo soy la prueba. Yo era la prueba de que era posible atrapar y ser atrapado, dos cepos de luz. O tal vez no, y entonces no soy sino la prueba de la debilidad, de todas las fragilidades que componen nuestra angustiada persecución del otro, de la lejanía inmutable. No encuentro el dolor, me siento indignamente indiferente a la muerte de Soren, me excuso, me alejo, cierro los ojos en mi cama de niña, bajo la lámpara y sus gotas de saliva. Abro los ojos y veo el dibujo de Soren. Lo rasgaré desde el punto en el que él arrojó los pinceles, y la vida, hasta que también yo acabe de arrojar a los perros de la memoria.

Ayamonte-Rocafort, febrero de 2004

La edición del número 79 de
ELS PLECS DEL MAGNÀNIM

Leyenda del Horizonte

de Gonzalo Moure

se ha estampado sobre papel Torreón,
tanto el interior como la sobrecubierta
con tipografía Didot en el texto.

Se terminó de imprimir
el día 27 de febrero de 2004,
en Valencia,
en los talleres de imprenta
de Artegraf

